

La plegaria de Ánjana

Basado en un relato del *Shri Skanda Purana*

Hace muchos miles de años, vivía en la India un sabio llamado Shri Matanga, a quien, debido a su gracia y fuerza, agilidad y enorme poder, se le conocía como un tigre entre los sabios. Vivía en una montaña fuera de la aldea de Kishkhinda en Karnátaka, al sur de la India. Un día, Shri Matanga llegó a la aldea para rendir culto en el templo al Señor Vishnu. Después de haber dicho sus plegarias, salió a sentarse bajo un árbol de baniano. Observó a una mujer que llegaba con ofrendas: una guirnalda de caléndulas, una bandeja de dulces, una tela de seda. Aunque iba ricamente ataviada, a él le pareció que se veía muy triste. Cuando salió del templo, el sabio observó que iba llorando.

--Hija mía --la llamó--. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? Ven. Siéntate aquí y dime.

Y así, la mujer se sentó con él a la sombra del árbol. Ahora Shri Matanga podía ver que, aunque era hermosa, no era ya una muchacha.

--Me llamo Ánjana --le dijo ella--. Mi padre es devoto del Señor Shiva.

--Muy bien --dijo el sensato sabio Matanga.

--Mi padre no tuvo ningún hijo --dijo Ánjana--. Así que realizó severas austeridades para obtener el favor del Señor Shiva. El Señor se le apareció y le dijo que no estaba en su destino tener un hijo en su vida presente; pero que tendría una hija.

--Prosigue --dijo Shri Matanga.

--Una hija cuyo hijo sería famoso en todo el mundo por su inteligencia, fuerza y devoción --dijo Ánjana, con la voz quebrándose por la emoción--. Yo soy esa hija. Pero los años van pasando y no he tenido un hijo ni mi padre un nieto.

--¿Tienes esposo?

--Sí, sí. Tengo un esposo maravilloso, amoroso y paciente. Es un caudillo Vanara. Se llama Kesari. Está allá.

Shri Matanga miró en la dirección en que ella señalaba y vio a un fino, fuerte y noble mono, que los observaba pacientemente. El sabio hizo un gesto y Kesari

se acercó y se inclinó reverentemente ante el sabio. Shri Matanga le indicó que se sentara.

--He hecho todo lo que se me ha ocurrido --dijo Ánjana, que ahora estaba llorando--. Rezo, hago ofrendas, ayuno durante semanas, hago penitencia...

--Una penitencia muy severa --confirmó Kesari.

--Y de nada sirve. Sigo sin tener un hijo --dijo Anjana.

Shri Matanga la miró compasivamente. Observó que estaba atrapada en su anhelo, y mientras eso fuera así, su mente no le iba a dar ninguna paz. Él cerró los ojos y entró en el estado de omnisciencia. Cuando volvió a abrirlos, después de varios minutos, le dijo a Ánjana que escuchara con atención. No tenía que hacer más ayunos severos ni penitencias ásperas. En lugar de eso, ella debía ir a una montaña llamada Venkatachala donde había un lago llamado Swamipushkarini.

--Tan solo al ver esas aguas propicias, tu mente se aquietará --le dijo el sabio--. Báñate en esas aguas sagradas. Ora al Señor Vishnu.

--Lo hare, dijo Ánjana.

Luego, Shri Matanga le mencionó otro lugar sagrado en lo alto de las montañas, donde el paisaje era exuberante y había muchos árboles medicinales de suave aroma.

--Allí vas a encontrar un estanque profundo alimentado por una cascada. Debes quedarte allí por un rato y hacer ofrendas al Señor Vayu, dios del Viento y de la Respiración --le dijo—. Rézale a él, medita en él.

--¿Es eso todo? --dijo Ánjana.

--Eso es todo --dijo Shri Matanga con una sonrisa--. Aprende a disfrutar de tu propia respiración. Deja que nutra cada parte de ti. Descubre la fuerza vital, el *prana* dentro de la respiración. Con el tiempo, tendrás el hijo que anhelas. Vendrá, pues está en tu destino y en el suyo. Y cuando él venga será invencible. Ni los demonios, ni los hombres, ni ninguna de sus armas, ni los insectos ni los animales podrán darle muerte.

Así que Ánjana y su esposo Kesari partieron, siguiendo el mandato del sabio Matanga. Era un viaje de muchos kilómetros. En el Kapila Tirtha encontraron el lago del que Shri Matanga les había hablado, y Ánjana tomó un baño en sus frescas aguas. Se inclinó e hizo ofrendas en los santuarios al Señor Vishnu y su avatara, Váraha, el jabalí. Y después, ella y Kesari partieron otra vez, siguiendo senderos estrechos a través del bosque. Alrededor de ellos había

árboles que daban toda clase de frutas: mangos y membrillos, nísperos, higos y almendras. Los senderos eran escarpados y el sol estaba muy caliente, pero finalmente al rodear un recodo vieron la cascada.

Por un momento Ánjana y Kesari se quedaron pasmados ante el agua que caía por las rocas. El sol creaba un arco iris en su espuma, y las ondas

se alejaban rizándose sobre las aguas profundas del estanque. La atmósfera era mágica. Ánjana podía sentir ya que empezaba a relajarse. Una vez más se bañó y dio sorbos del agua sagrada. Una vez más oró al Señor Vishnu.

Después se sentó a meditar en el Señor Vayu, poder del aire y la respiración. Ella no hizo esto solo por una semana o un mes o un año, sino todos los días durante mil años. Y durante todo ese tiempo Kesari permaneció con ella, y a menudo él mismo era atraído hacia la meditación.

Al observar ella cómo su cuerpo aspiraba aire hacia los pulmones y luego lo soltaba suavemente, una y otra vez, se maravilló de esa corriente de aire que vivificaba su ser y la conectaba con el mundo circundante. Cuando observaba la respiración, su anhelo ya no la perturbaba. Su mente se volvió cada vez más tranquila, cada vez más fuerte, cada vez más gozosa. A veces sentía como si ella fuera la espuma centelleante de la cascada; a veces, como si fuera un pájaro remontándose en las cálidas corrientes de aire por encima del estanque. Al lograr enfocarse en su práctica, llegó a amar la paz que descubría dentro de su ser.

Luego, un día surgió de lo profundo de su interior el sonido de un viento impetuoso, como un rugido, y en una poderosa ráfaga de viento tomó forma ante ella un hermoso ser. Ánjana supo de inmediato que era él: el Señor Vayu, el Señor del Aire, al Aliento del mundo.

El Señor Vayu habló:

--Oh, señora de gran fe. He venido a concederte lo que desees. Escoge un don --dijo él.

Por un momento, Ánjana no quería nada, salvo estar en la presencia del Señor Vayu. Luego, de su ser más profundo surgió una voz. Era su propia voz, llena de claridad y de intención.

--Un hijo --dijo ella --Oh, Dios del Viento, Señor de tan alta magnificencia, ten a bien concederme un hijo.

--Así será --dijo el Señor Vayu.

Ahora parecía como si el Señor Vayu respirara en ella. Entonces Anajana escuchó el sonido de risas jubilosas y voces que decían: “¡Qué maravilloso! ¡Qué maravilloso!” Alrededor de ella vio al Señor Brahma y al Señor Indra con sus consortes. Vio a la diosa Lakshmi, y a muchos otros dioses y diosas, y entre ellos al sabio Vasishtha y al gran Vedavyasa, quien compiló los Vedas. Era como si todos ellos le aplaudieran y vitorearan, felices de que ella hubiera encontrado el gozoso secreto de la práctica espiritual, y feliz estaba ella de cumplir con un gran destino.

Entonces, el sabio Vedavyasa habló con una voz que sonaba como trueno.

--Oh, Ánjana, escucha mis palabras. Obedeciste al sabio Shri Matanga. Por tu práctica inquebrantable liberaste tu mente de impurezas. Ahora vas a convertirte en la madre de un hijo heroico que realizará grandes hazañas. Su nacimiento va a ser un don para toda la humanidad, y su nombre será conocido por los tres mundos.

Después de que habló el sabio, el viento cesó. Ánjana se sentó maravillada en un capullo de silencio. Entonces, al oído, escuchó la voz de su querido esposo, murmurando su nombre. Abrió los ojos y vio su rostro familiar, sonriéndole.

--Vamos a tener un hijo --dijo ella.

Kesari asintió:

--Lo sé. El Señor Vayu vino a ti. Escuché el viento.

Al año, un bebe fuerte y saludable le nació a Ánjana. Era un mono como su padre, Kesari, pero podía cambiar de forma como el viento, y era tan poderoso y suave como la respiración. Le llamaron Anjaneya, hijo de Ánjana. Un día llegaría a ser conocido como Shri Hánuman, un dios en forma de mono, un guerrero invencible y leal servidor del Señor Rama.

El Shri Skanda Purana es uno de los libros antiguos de la India que contienen relatos, enseñanzas filosóficas, himnos, y guía sobre cómo llevar una vida virtuosa. Las versiones más tempranas se cree que hayan sido compiladas alrededor del siglo VI d. C., aunque los eventos que narran ocurrieron miles de años antes.